

**José Esparza Tolosa: DON VICENTE.
EL AMIGO DE TODOS (*)**

El dominico José Esparza, amigo y colaborador de don Vicente Castelló Palanca, párroco de Nuestra Señora de la Buena Guía (Cabañal-Malvarrosa) de Valencia, nos ha dejado un simpático relato de la vida de este sacerdote pintoresco, al que tan bien conoció, que desborda caridad por todos los poros de su cuerpo. En su legítima opción ha preferido medio novelar el relato biográfico —ya he dicho en alguna ocasión lo que me fastidia este género literario—, sin duda pensando que así llegaría mejor al público o a más público. La segunda parte del librito (págs. 123-183) recoge una serie de relatos autobiográficos realmente pintorescos en los que el sacerdote valenciano reflejó algunas de sus aventuras apostólicas. Verdaderas aventuras algunas de ellas (como cuando se inventó la llegada del maquis para impedir un baile que se iba a celebrar), casi todas divertidas (los bigotes que amenazó con poner a las mujeres que se sentaran en los bancos reservados a los hombres), y todas el reflejo de su enorme celo sacerdotal. Sus relaciones con los maquis, desde una radical discrepancia ideológica pero con una inmensa caridad resultan casi inverosímiles si no fuera porque don Vicente no sabía mentir. El sí que fue un verdadero ministro de reconciliación sin que en ningún momento se le ocurriera pedir absurdos perdones.

El fue el verdadero padre de su pueblo y, sobre todo, de los pobres de su pueblo. Y más que de nadie, de los niños pobres de su pueblo. Grande, bruto, bueno. Sobre todo, bueno. Si algún día el genio le amenazaba, y vaya si lo tenía, el remedio era fácil. Cogía una azada y al campo. Una hora cavando, dos horas cavando... Y como nuevo. El genio se había quedado entre los terrones.

(*) Edibesa, Madrid, 1998, 303 págs.

Un sacerdote. Raro, atípico y bueno. Sobre todo, bueno. Su paso dejó honda huella entre los que le conocieron. Y este pequeño libro permitirá que le conozcan más. Da gusto saber de sacerdotes así.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGONA

**Arturo Climent Bonafé: RICARDO PLÁ ESPÍ.
TRABAJADOR DEL EVANGELIO Y MÁRTIR DE CRISTO (*)**

Los numerosísimos mártires de la persecución religiosa de 1936 están siendo objeto de numerosos estudios, de desigual valor y que corresponden a dos momentos distintos de la evocación y del propósito. Unos, los más responden al deseo de dar a conocer la figura de algún mártir, o de varios de ellos si murieron juntos o pertenecían a una misma congregación religiosa o a una misma diócesis o archidiócesis, con vistas a su deseada beatificación. Algunos otros se escriben ya desde la alegría de ver en los altares al mártir de Cristo. Y fueron tantos los obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares que vieron sus vidas segadas en aquel holocausto que sufrió España en 1936 que no es extraño que estas obras se multipliquen como las flores en la primavera.

El que ahora comentamos nos presenta la vida y la muerte de un joven sacerdote, de rostro simpático, hijo de la población valenciana de Agullent que sufrió el martirio en Toledo cuando tenía treinta y siete años. Lo escribe un sacerdote de la archidiócesis valentina que durante diez años fue párroco de Agullent, lo que le permitió conocer muy de cerca el magnífico recuerdo que allí se tenía del mártir y tratar a la hermana del sacerdote que durante toda su vida vivió del y para el recuerdo de aquel ser querido arrancando de su lado para que volara al cielo el 30 de julio de 1936. Al autor le ha encantado la vida y la muerte del biogra-

(*) Edicep, Valencia, 1992, 183 págs.